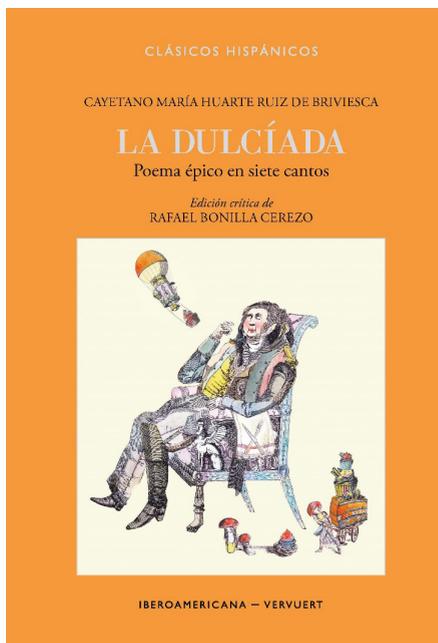


Cayetano María HUARTE RUIZ DE BRIVIESCA, *La Dulciada. Poema épico en siete cantos*, edición crítica de Rafael Bonilla Cerezo, Madrid / Frankfurt an Main, Iberoamericana / Vervuert, 2022, 302 págs.

Rara vez acierta uno a estar presente en la exacta génesis de un libro que más tarde llega a sus manos. Tal como el editor recoge en los «Agradecimientos» (págs. 299-300) de esta modélica obra, el germen de su labor se encuentra en su intervención en el congreso «*Pourquoi l'épopée ? Pratiques et expériences narratives dans l'épopée savante hispanique et hispano-américaine au Siècle d'Or*» (Burdeos, 7-8 de abril de 2016), al que me cumple declarar que asistí. Ocho años, un par de artículos preparatorios de carácter ecdótico y más de trescientas páginas después, interesados y especialistas pueden sostener en las manos el fruto último de aquel empeño, publicado como n.º 32 de la colección «Clásicos Hispánicos» de Iberoamericana / Vervuert, que, bajo la dirección de Abraham Madroñal y Antonio Sánchez Jiménez, ha acogido en su seno monografías y ediciones de estudiosos como Luis Gómez Canseco, Pedro Ruiz Pérez o Adrián J. Sáez, entre otros.

No hace falta insistir en el interés que, durante al menos un década, la épica burlesca del Setecientos ha venido mereciendo por parte de Rafael Bonilla Cerezo, lo que se ha sustanciado en valiosos resultados de investigación tales como su compendio de *Zoomaquias*, firmado de consuno con Ángel L. Luján Atienza (2014), todo ello sin perder de vista otras publicaciones dispersas en revistas y libros colectivos o incluso trabajos alentados por él que podemos considerar de su escuela, como la sólida edición de *La Posmodia* (2018) debida a Rocío Jódar Jurado. Prosigue, pues, Bonilla esta feraz y sugestiva línea de investigación de la que ya se ha convertido en especialista de referencia, al tiempo que amenaza con una nueva entrega, pues anticipa en estas páginas las próximas que acogerán su



edición de los 3.500 versos en ocho cantos de *La Quicaida* (1779), de Gaspar María de Nava Álvarez, conde de Noroña (pág. 27, n. 35).

Y bien, la monografía que nos ocupa consiste al tiempo en una edición crítica y profusamente anotada de *La Dulcíada* y en un estudio exhaustivo del poema, pues no en vano las 170 páginas de «Estudio introductorio» hubiesen perfectamente admitido publicación independiente. Atiende en ellas Bonilla a la inserción de la pieza en el género épico burlesco (págs. 13-16), singularmente en sus ramificaciones dieciochescas (págs. 17-27); repasa la biografía del autor de la obra, Cayetano María de los Dolores José Antonio Ramón Liberato de Santa María Práxedes Huarte y Ruiz de Briviesca (1741-1806) (págs. 29-32); y se ocupa morosamente del estudio de la composición, tratando —y despejando cabalmente— los siempre enojosos problemas de autoría— (págs. 34-37), las incógnitas planteadas por la supuesta dedicataria del texto (págs. 37-42), o la iluminadora relación de *La Dulcíada* con las poesías breves del autor (págs. 42-58) y con las de otros autores clásicos y contemporáneos, trabajo este en que el editor demuestra un conocimiento envidiable de la tradición épica clásica y del contexto poético neoclásico. Todo ello permite a Bonilla proponer una doble redacción de *La Dulcíada* (págs. 58-82), la primera entre 1772 y 1779 —lo que delatan ciertos elocuentes ecos de Diego Tadeo González—; y la segunda a partir de diez años después (de 1789 en adelante) —como demuestran ahora los sonoros intertextos de Cadalso o el padre Isla—. Tras esto, el editor estudia la tradición genérica del «juguete», en la que inserta el poema (págs. 82-88), propone un limpio esquema-resumen de la construcción del texto (págs. 88-90) y, por fin, se demora en ciertos aspectos estructurales que constantemente contrasta con *loci* paralelos presentes en obras contemporáneas, en los modelos épicos grecolatinos más señeros o en la tradición épica burlesca de todos los tiempos (págs. 91-97). No obvia Bonilla tampoco la interpretación de *La Dulcíada*, de militante cariz clasicista, lo que se sustancia en uno de los personajes de la pieza, nada menos que el de «Buen Gusto» en su doble sentido estético y culinario (págs. 97-100), para saltar después al análisis de las múltiples referencias gastronómicas del poema, con objeto de desentrañar todas las cuales Bonilla convoca una nutrida nómina de tratados y recetarios del ramo (págs. 101-113). En fin, sin perder de vista la tradición del encomio paradójico, el estudio del abundante léxico *gourmand* —casi todo él gálico— (págs. 113-118), las fuentes bíblicas o hemerográficas del poema (págs. 118-127), sus recursos paródicos o su relación con diferentes emblemas (págs. 128-145), la clave de arco del interés que Bonilla encuentra en la pieza se cifra en un aspecto no menos claro pese a que acaso no haya venido siendo especialmente tratado por manuales o Historias literarias: a la postre —nunca mejor dicho— estas formas de épica

burlesca hacen gala, merced a su hibridación genérica, su malicia metaliteraria y su tono irónico, de una modernidad de la que formas poéticas a la sazón mucho más centrales y canónicas se encuentran, a nuestro mirar de hoy, muy alejadas.

Párrafo aparte merece el estudio ecdótico del poema, campo en el que Bonilla es otro los especialistas indiscutibles, hasta el punto de que su influencia ya se deja ver en los estudios y sobre todo en las ediciones de los dieciochistas. Parte el crítico de tres testimonios, el manuscrito M (Biblioteca Municipal José Celestino Mutis) y los impresos A (1807) y B (1833): según su limpia demostración (págs. 147-154), M respondería a un primer estadio redaccional y AB a un segundo. Con todo, el hecho de determinar claramente qué texto editar no le impide estudiar con cuidado las diferencias habidas entre ambas versiones (págs. 155-168), lo que lo lleva a notar variaciones lingüísticas (supresión del ceceo), versificatorias (corrección de lecciones hipermétricas), estilísticas (modificaciones léxicas con objeto de ganar expresividad) o incluso genéricas, pues todo un pequeño grupo de revisiones del texto buscan acendrar justamente su epicidad. En fin, tras unos sucintos y claros criterios editoriales (págs. 169-170), se sucede la edición anotada del poema (págs. 171-263), que abrocha un pulcro apartado crítico estructurado por cantos (págs. 265-275), en que se indican al principio de cada serie los errores significativos, y finalmente culmina la obra una completa bibliografía (págs. 277-298), que tiene el cuidado de diferenciar sus fuentes primarias y secundarias, a la que sigue un colorido y ya citado apartado de agradecimientos, que se cierra con un llamativo colofón (pág. 300), al uso de los que siempre campean en los libros del estudioso cordobés y que en última instancia prueban, además de su buen humor, cómo cada detalle ha sido cuidado con mimo literario y rigor filológico.

He pasado muy rápido por la edición anotada de *La Dulcíada* (págs. 171-263), que a fin de cuentas es lo que ha de interesarnos ante todo. Si la constitución del texto y su puntuación nos resultan irreprochables, no cabe destacar en menor medida las 264 notas que lo enriquecen y que ilustran muy variados aspectos: léxicos, gastronómicos, literarios o históricos, al tiempo que sintetizan algunos de los puntos fundamentales de la introducción en lo que se refiere a la interpretación y construcción del poema. En conclusión, y dicho en plata, estamos ante una edición definitiva de un texto que la necesitaba.

RODRIGO OLAY VALDÉS